

A esto responderé que no es menester medir la riqueza por el numerario, sino por el número de labriegos que rodean al rico, porque en el campo quienes tienen cinco mil rublos son más ricos que el millonario en Moscú.

Pero si vieseis, lectores de la ciudad, las miserias que hacen sufrir á los pobres los ricos del campo, entonces tomaríais en consideración mis argumentos. Sino, no me creeríais jamás.

106. El pobre labrador piensa día y noche, durante toda su vida, en el mejor medio de preparar su tierra para el trigo, sus bestias y sus aperos. Habitúa á sus hijos desde la infancia á hacer los mismos trabajos. El buen éxito corona sus esfuerzos. Por el contrario, el richón piensa día y noche en el me-

dio de comprar al pobre á mitad de precio y revendérselo después dos veces más caro, y acostumbra á sus hijos desde la infancia á esas especulaciones.

La primera y la última de las leyes impuestas por Dios concierne á los trabajos, el principal de los cuales es el trabajo del pan; pero las personas inteligentes é instruidas se han esforzado en rehuir el trabajo y vivir con las manos en los bolsillos, como los *pomestchiks*. Han encargado de todos los trabajos á los pobres y á los débiles, pero éstos, en cambio, no se duermen en las pajas y no pierden su presencia de espíritu: roban, matan, incendian, y se engañan unos á otros.

Está muy bien hecho. Como dice el proverbio, el patrono atiende á su pan (es decir, á sus intereses), y el

obrero no es menos astuto que su patrono; porque si las personas inteligentes esconden la luz debajo del cahiz, no hay razón para que nosotros la tengamos descubierta. Obra, pues, como puedas, labrador.

107. Sin embargo, el pobre es humilde ante ti, ¡oh ricacho! Y si obras hipócritamente con él, entonces cae vivo entre tus manos.

Así es que el pobre entra pobre en casa del rico, y sale de ella medio desnudo. Sirach dice con razón: «La caza de los leones, es la caza de los salvajes en el desierto; de igual manera, el alimento de los ricos son los pobres (1).»

He aquí lo que sucede con más

(1) «El onagro es presa del león en el desierto; así, los pobres son presa de los ricos.» *El Eclesiástico*, XIII, 23.

frecuencia en las campiñas pobres donde se ha establecido un solo rico. Los pobres tienen que vendérselo todo y comprárselo todo.

Y aún dice el rico: «Mi comercio es honrado y leal: compro y vendo lealmente. Toda compraventa es un acuerdo amistoso. ¿Quieres venderme ó comprarme, ó no quieres? No se peca por comerciar. Yo no vendo con pesos ni medidas falsos, no engaño en las cuentas. En una palabra, justo es decir que como mi pan con el sudor de mi rostro, según el mandamiento.»

¡Y ahora, discutid con él!

Todo lo que ha dicho es muy injurioso para nosotros. No comprende el sentido del mandamiento; de lo contrario, comenzaría á hablar en él la conciencia.

109. Los ricachones también

presentan la siguiente excusa: «Doy dinero á las gentes, con el fin de que trabajen para mí. Mi interés sería no darles trabajo, y, á pesar de todo, se lo doy. Y espero ser premiado por Dios á causa de mi buena obra. Y luego, sin mí, ¿dónde tomarían el dinero que necesitan?»

Y respondo yo: «Debieras emplear en buenas obras los tesoros ganados por tu trabajo, según el mandamiento ya citado; es decir, lavarte con agua limpia y no con agua sucia. ¡Pero pretendes socorrer á los hombres con el producto de *su* trabajo! ¿Pues quién ha ganado el dinero que les das? Ese dinero ¿es tuyo? No; pertenece á esos obreros. Entonces, ¿qué recompensa esperas obtener?»

110. Dícese en la *Ley*: «Según

el obrero, es la obra; según la tierra, son los frutos.» En otros términos: si, según vosotros, somos unos *mujiks* ignorantes y unos factores inútiles en la sociedad, entonces, ¿por qué apetecéis nuestra obra, el pan? Créeme lector; si fuese yo tan inteligente y tan instruido como tú, jamás me alimentaría de ese pan, sino que comería siempre dinero; y con el oro...

111. Cada uno de vosotros dirá: «Quiero y estimo con toda el alma á los trabajadores, tanto como el trabajo del pan; y, por el contrario, detesto á los haraganes y los desprecio.» A estos asertos respondo con el refrán: «Oigo la voz de Jacob y me acerco á Esaú.»

112. Nosotros no debiéramos dar ni una sola espiga de trigo. ¿Y por qué?—preguntará el lector.—

Porque la mitad del género humano no quiere aproximarse al trabajo de la tierra, ni aun mirarlo; y la otra mitad trabaja á despecho suyo, porque no sabe dónde refugiarse: tan llenos de holgazanes están los diversos rincones del mundo. Donde bastarian tres ó cuatro hombres, llegan diez ó quince, que no habiendo comido en uno ó dos días se amontonan unos encima de otros. Si se expulsa á uno de ellos, conviértese en el más terrible de los bandidos y de los criminales.

113. Repito que convendría que no diésemos ni una sola espiga de trigo. Sólo exceptuamos á las mujeres que cumplen con exactitud el mandamiento de Dios que hemos citado, á los viejos que trabajaron antes, pero que ahora han perdido las fuerzas, á los inválidos, y, por

último, á los niños que trabajarán algún día. ¡Oh cielo, escucha mi plegaria! ¡Concedéndonos para ellos la abundancia de todos los frutos terrenales!

114. «No hagas á otros lo que no quisieras que te hiciesen.» En esto consiste la ley. Muy bien; y, por mi parte, no creo que haya otras virtudes. Pero, te pregunto: si no deseas que los otros te coman el pan de tus trabajos, ¿por qué te comes tú el pan de los trabajos de ellos? En otros términos: ¿por qué haces á los otros lo que no quisieras que te hiciesen?

—Yo compro el pan por dinero.

—Pues bien, discute contigo mismo. ¡Siempre tienes en los labios la misma canción, que me hace rechinar los dientes!

115. ¿No he dicho más arriba

que no se puede comprar el pan á ningún precio, que sólo se puede comprar trabajando, porque su valor no puede fijarse por la razón humana? En ciertos casos legítimos, hay que darlo gratis y tomarlo gratis. Pero habéis llegado al extremo de que, en algunas ciudades de Rusia, un *pud* de pan no cuesta más caro que un *pud* de estiércol seco.

¡Qué ignominia! Sólo el recuerdo de esta injuria que hemos soportado, me hace temblar las carnes.

Para vosotros, ricos, nada hay más barato que el pan. Mejor que mejor. ¡A eso llamáis la ley!

116. ¡Ah, tened compasión de nosotros, clases elevadas! No anodadéis mis palabras. Si son ilegales, no hagáis perecer más que mi persona; pero que mi obra per-

manezca siempre en los archivos, donde guardáis los documentos más importantes del Estado. Puede haber en las generaciones venideras un hombre bastante justo para publicar todo esto. ¡Perezca yo sólo, con tal de que los millones de labradores que vivan después de mí tengan una gran alegría y obtengan algún alivio en sus trabajos!

117. A pesar de los estudios que hacéis desde vuestra infancia hasta la vejez caduca, considerad cuán grande es la distancia que os separa de un buen labrador ignorante: ¡un paso! Un hombre de la clase elevada pero de un grado inferior, un funcionario y un hombre de nuestra clase, el *starchina* (síndico municipal) se reúnen para abrir una información á propósito de un litigio.

El ayuntamiento da propinas al funcionario, y éste consiente en arreglarlo todo. Altera los hechos y presenta un informe embustero á su jefe, el cual no advierte nada anómalo y firma como en un barbecho. Así el inocente se convierte en culpable, y á la inversa. ¡Y esto por la complicidad del superior y el inferior!

118. Pero ¿por qué le han engañado? Porque no sólo no trabaja, sino que además nunca ha sabido cómo se trabaja el pan. Si uniese á la ciencia el trabajo del pan, sería tan clara su inteligencia que no se le podría engañar. ¡Ved cuántos errores y faltas puede engendrar la ociosidad!

119. He aquí cómo obran todos los buenos escritores: si tienen que criticar á un superior, suavizan los

términos y le cuentan la fábula de los gansos de Kriloff. «Podía desarrollar mejor esta fábula—dicen—pero no he querido molestar á los gansos (1).» En otros términos: no le ha arrojado al rostro las verdades, pero ha tomado rodeos.

(1) Esta es la imitación hecha por Rouget de l'Isle, el célebre poeta de la *Marsellesa*, de la fábula á que alude Bondareff. (Kriloff, *Fábulas publicadas por el conde Orloff*, 1825, tomo II, pág. 90).

#### «LOS GANSOS

»Con una larga vara en la mano, conducía Perico al mercado próximo una manada de gansos; y con las prisas que tenía, haciales con malos modos que corriesen, sin dejarles apartarse un paso del camino.

»Bufando de cólera caminaban nuestros gansos, quejándose entre ellos vivamente de su conductor, cuando apareció un caminante. Pusiéronse todos á desgañitarse graznando y estirando los largos pescuezos:

—»Buen hombre, mira cómo nos trata este palurdo, ¡á unos gansos como nosotros! Des-

Pues bien; yo, sea por torpeza ó por amor á la verdad, molesto á los gansos. ¿Qué te parece, lector: me darán de picotazos hasta que me

cendemos en línea recta de aquellas aves sagradas, por las que se vieran libres los muros del Capitolio: están conformes Karamsin y Hosier acerca de este punto.

— Señores, yo los creo; y la historia fiel ha consagrado la gloria de vuestros nobles antecesores. Pero hablemos de vosotros. Supongo que no habréis descendido y que sostendréis tan ilustre abolengo.

— Es cierto, compartimos el esplendor de nuestros abuelos.

— Claro es que imitando sus grandes acciones; muy bien. Pintadme el cuadro de vuestras proezas: escucho.

— Nuestros abuelos...

— Adelante; ya sé lo demás... salvaron á Roma de un funesto desastre. Pero, ¿y vosotros, señores, vosotros?

— Nuestros antepasados...

— Muy bien. Pero, ¿y vosotros? ¿Cuáles son vuestras hazañas? ¿Qué habéis hecho?

— ¿Nosotros?... ¡Nada!

«Si quisiera yo dar mate á los insolentes desplantes de tantos avechuchos sin palma,

maten? No importa; cueste lo que cueste, no puedo callarme, no quiero velar hipócritamente mis ideas. Pero, puesto que he emprendido el

llenos de bambolla, ¡qué texto para comentaristas!... ¡Chito, censor indiscreto! *El tiempo presente es el arca del Señor*. No hagamos graznar á los gansos.»

Nos parece que los imitadores posteriores á Rouget de l'Isle han sabido sacar mejor la moraleja de la fábula que cita Bondareff:

— «Dejad quietos á vuestros abuelos: con justo título se celebran sus gloriosas hazañas. Pero vosotros, sin haceros más cargos, á lo sumo valéis... para el asador.»

«Podiera prolongar mi fábula y sus lecciones. Pero me detengo: temo provocar á los gansos.» (*Traducción Bougeault*, pág. 77.)

— «Amigos míos, dejad á vuestros abuelos: los honores que merecían, ya se los hicieron antaño. Pero vosotros no valéis más que para que os asen.»

«¿Es clara mi fábula, ó aún debo tratar de aclararla por otros medios?

— No: algunos pudieran enfadarse por eso.

»Guardémonos de molestar á los gansos.» (*Traducción de Carlos Parfait*, pág. 6.)

buen camino, continuaré siguiéndolo hasta la muerte; no me desviaré, ni á derecha, ni á izquierda.

120. Hay un libro titulado *El matrimonio civil*. Jamás lo he leído, pero sé que el *pomestchik* Novoseslky se queja en él de un aldeano delante de su mujer. «¡Figúrate—dice—que este miserable me ha puesto una camisa fría! (No puedo menos de reirme al transcribir esta reflexión.) Le riño y me contesta: «Siempre puse camisa fría á su difunto padre, el general.»

¡Este rasgo me ha aturdidido! ¡Hasta tal extremo llega á apoderarse del hombre la haraganería, que encuentra insoportable la obligación de ponerse él mismo la camisa!

De ello debe deducirse que si le mostrasen el fuego inextinguible en que arderán eternamente él y sus

descendientes, como exige la tradición cristiana, antes consentiría en precipitarse allí que en recoger una brizna de paja ó un grano de trigo.

¡Ah, en qué profundo abismo han sumido á los hombres la ociosidad, la pereza y el lujo! Pero habladle al rico del mandato divino, y os opondrá con elocuencia un centenar de argumentos para probar que come su pan con el sudor de su rostro.

121. Quisiera preguntar (mas no sé á quién dirigirme) si es posible que les pongan la camisa á los *pomestchik*.—Nada hay más cierto, me responden por todas partes. Y hasta les ponen los calzoncillos, como á los muertos.—Pero, entonces, ¿qué hacen de sus manos durante ese tiempo?

¡He aquí un rasgo de holgazane-

ría que jamás hubiera podido imaginarse, si no fuese real!

122. ¡Cuánto han sufrido los campesinos esclavos! Sólo el recuerdo de sus sufrimientos es doloroso para mí. Cuando lo pienso, me dan escalofríos. ¡Más valiera para esas gentes no haber nacido! ¡Aunque tuviese muchas lenguas y me esforzase en decirlo todo, me sería imposible exponer todas las calamidades que fatalmente les suceden, todos los tormentos que sufren esos mártires!

Labios humanos no pueden expresar sus sufrimientos. Pero voy á decirlos el ultraje que soportamos. Puede ser que vosotros mismos, los que me leéis, seáis *pomestchiks*. No por eso dejaré de decir la verdad, para que no pueda acusárseme de mentira. Además, yo también he

sido labrador en la hacienda de un *pomestchik* del Don.

123. Tres días de la semana, el labriego trabaja para él; los otros tres días trabaja con toda su familia para el *pomestchik*. Su mujer, sus hijos de doce años apenas, los mismos viejos de sesenta años, trabajan para mantener á aquél y á sus bestias de carga. Los aperos de labor, el arado, la carreta, los rastrojos, las hoces, las hachas, etc., todo esto, además, debe ser comprado por el campesino.

Si ha estropeado algo involuntariamente al trabajar para el *pomestchik*, debe repararlo todo á sus propias expensas. Además debe trillar el trigo en una era lejos de toda habitación; y allí es menester que, á pesar del frío, trabaje toda la jornada para el *pomestchik*. Muchos

trabajan medio desnudos y muertos de hambre; pero no importa, es preciso que trabajen para el *pomestchik*. ¿No es eso un suplicio? Añádase que esas gentes no tienen defensor ni protector.

124. Tres días para sí y tres días para el *pomestchick*, en junto un año para ti y un año para el *pomestchik*: esa es la vida del campesino. Pero del año que trabaja para sí, hay que descontar ante todo ochenta días de fiesta (porque esa gente es muy religiosa), y después otros ochenta días de descanso ocasionado por los accidentes del trabajo. En fin, el campesino no es de piedra, y puede suceder que caiga enfermo, aunque no sea más que cincuenta días en dos años; no le quedan, pues, más que ciento cincuenta y cinco días de trabajo para sí mismo.

125. Pregunto si en este caso puede, con ciento cincuenta y cinco días de trabajo, atender á sus numerosas necesidades de dos años, es decir, para el año presente y el año venidero, durante el cual trabajará en beneficio del *pomestchik*. Tened en cuenta que además necesita reunir dinero para pagar cada año el impuesto fiscal, los gastos de reclutamiento y la derrama personal. Si llegan á morir el marido ó la mujer, quedan ocho ó diez huérfanos de tierna edad: hoy es el entierro, y mañana vuelta á trabajar para el *pomestchik*.

126. Además, el *pomestchik* manda recoger en su nombre, en casa de los colonos, diversos víveres: gallinas, gansos, huevos, manteca, etc. Apunta lo que le dan, y á los que no dan nada, el *pomestchik*

les hace larguezas, es decir, perre-rías, y no tienen á nadie á quien quejarse. Habladle entonces del mandamiento, y no os dejará acabar la frase; os abrumará con argumentos, y os probará que, con arreglo al mandato, se limita á comer su pan con el sudor de su rostro, y que, por el contrario, todos los campesinos son unos haraganes, unos parásitos, etc.

Tal vez haya en alguna parte buenos *pomestchiks*; pero puedo afirmar que, á lo menos en las tierras del Don, todos son tales como los he descrito.

127. ¿Es lícito, diréis, insultar así á los bienhechores que os dan de comer, ó, en otros términos, volver mal por bien, odio por amor?

—Pero ¿cómo podéis estar siempre elogiándoos y proclamando que

nadie hay más justo y compasivo que vosotros?

128. Se me dirá: «El *pomestchik* puede ser un hombre virtuoso.»

—No niego que pueda serlo, á condición de que él mismo trabaje su pan. Pues; bien esto no se ha visto nunca, y acaso no se vea jamás.

A los ojos del verdadero creyente, el principal medio de hacerse absolver de sus pecados es recibir la sagrada comunión. Pero según el mandamiento primitivo de Dios, la absolución que consiste en trabajar uno mismo su pan es mil veces más estimable. Pero el millonario ha pagado veinte *kopeks* por el *pud* de trigo, y ¡ya está en paz con ese mandamiento!

129. Se ha dicho, y aún se dice, que la suerte de los colonos siervos

de los *pomestchiks* era preferible á la de los colonos del Estado.

Sólo se dice eso porque no se nos cree, aun cuando somos muchos millares, y cada uno de nosotros puede probar mil veces lo contrario.

Pero el *pomestchik* es él solo, y no tendrá más que decir que los colonos puestos bajo su protección son más felices que los del Estado, para que se preste fe á sus palabras.

130. Se acabó todo eso, la servidumbre está suprimida; pero el dolor que me ha causado el espectáculo de esas infamias no ha desaparecido aún, y dejará para mucho tiempo vestigios en mi alma.

Hasta la edad de sesenta años el *mujik* trabajaba para el *pomestchik*; descontando los trece años de la infancia, quedaban, pues, cuarenta y siete años, veinticuatro de los cua-

les empleábanse en trabajar para el *pomestchik*, y los veintitrés restantes en trabajar para sí mismo.

Trata ahora de embaucar á un colono del Estado, y dile: «Trabaja para mí con tu mujer, tus hijos y tus bestias; todo está á tu cargo, manutención, vestido, aperos, etc.; si deterioras algún objeto trabajando para mí, ponlo en tu cuenta.» ¿Por qué precio consentirá ese labrador trabajar durante un año?

Pedirá lo menos quinientos rublos, lo cual en veintitrés años hará once mil quinientos rublos.

Tal es la suma que el *pomestchik* ha robado, si no en dinero, por lo menos en trabajo, al labriego que ha estado toda su vida á su servicio.

Y ese dinero lo ha perdido el *pomestchik* con la baraja, ó lo ha em-

pleado en satisfacer diversos caprichos del mismo género.

Y pregunto yo: ¿por qué ha cogido ese dinero? ¿Se lo debía al campesino? ¡No! ¿Tenía tal vez otras razones para obrar así? ¡No, ninguna! Entonces, ¿por qué le ha cogido una suma tan crecida? ¡Por nada!

131. En el universo entero se alzan quejas contra Dios. Si la bondad de Dios es infinita, ¿de dónde viene entonces la miseria que abruma á las pobres gentes?

Si Dios gobierna el mundo con justicia, ¿de dónde proviene entonces la desigualdad entre los hombres? ¿Por qué es feliz el vicio y desventurada la virtud?

Pero ¿tiene la culpa el espejo si nuestra cara es fea? En otros términos, ¿tiene Dios la culpa de que

hayamos rechazado su ley, cuyo acatamiento restablecería la igualdad entre todos los hombres?

132. Impón la ley de que nadie puede comer el pan de los trabajos ajenos si no es por motivos legítimos, y desde entonces los hombres no serán aún iguales, pero, sin embargo, serán más prójimos unos de otros. El trabajo del pan cortará las alas á los que quieran elevarse.

Nosotros somos pobres á causa de vuestra riqueza; pero vosotros sois ricos á causa de nuestra pobreza.

133. «Nuestros bisabuelos—diréis—nuestros abuelos, nuestros padres, en una palabra, nuestros antepasados, trabajaron; y ya véis que nosotros trabajamos también hasta nuestra vejez. Todo lo que ganaron con su trabajo lo dejaron á sus hijos, y éstos á los suyos.»

—Pero entonces, ¿por qué no soy rico yo, por qué no tengo ni el menor ahorro? Poseo tan poco como mi bisabuelo poseía, cuando no me nos.

134. ¿Es que hubo en nuestra familia haraganes, borrachos? ¡No, nunca!—me decía mi abuelo. ¿Acaso fueron destruidos todos mis bienes por un incendio ó por una inundación? ¡Tampoco! Nada de eso ha sucedido.

135. Pues entonces, pregunto: ¿qué fué de nuestros trabajos? ¿Qué bandido nos robó toda nuestra fortuna? ¿De dónde proceden ¡oh rico! tus tesoros? Respóndeme lealmente.

136. ¡Si la sinrazón que se nos hace no fuere más que temporal! ¡Pero es eterna! Lo mismo que las generaciones pasadas, las actuales han tenido y tienen que sufrir la

miseria. Jamás tendrán defensor ni protector. Pero todo eso no acontece sino porque habéis metido en el ataúd á nuestro padre, es decir, el mandamiento.

137. He aquí lo que yo no había hecho más que entrever toda mi vida, y lo que veo con claridad hoy, después de haber meditado hondamente el sentido del primer mandamiento: los labriegos van al campo en el universo entero y trabajan en el pan, ayudados por sus hijos más pequeños. Los recién nacidos, que aún maman y no han probado todavía el pan, también sufren por el pan. Al ver á todas esas gentes, ¿no se diría que son verdaderas abejas revoloteando por los campos y recogiendo miel en su camino?

Y cuando he visto á las gentes de las clases elevadas, las he compara-

do con esos zánganos de colmena que se limitan á zumbiar, no hacen ningún trabajo y sólo saben comerse el trabajo ajeno.

Detiéndose en el mundo á muchos ladrones: esos no son ladrones, sino pícaros; al paso que yo he cogido á un ladrón, ¡y un verdadero ladrón! Ha robado á Dios y á la Iglesia: ha arrebatado la ley primitiva, la que pertenecía á todos nosotros, los labradores. Pero quiero mostraros ese ladrón en persona. El que no trabaja su pan con sus manos y se come el trabajo de otro, ese es un ladrón: ¡detenedlo y juzgadlo!

Ha enterrado cuidadosamente el mandato de Dios, y desde hace siete mil trescientos noventa años nadie ha podido descubrirlo. Aún más: ha robado sus innumerables millo-

nes á los pobres y los ha abandonado, á ellos y á sus hijos, semidesnudos y hambrientos, mientras que por este medio elevábase él hasta más allá de las nubes.

138. Las abejas cortan las alas á los zánganos para que no se coman la miel de sus trabajos. Os ha llegado la vez, parásitos, y os hemos cortado las alas, para que no os comáis el pan de nuestros trabajos. Bien sé que por eso no dejaréis aún de seguir comiéndolo; pero cuando os llevéis el pan á la boca, la conciencia os echará mano á la garganta y nada podrá libraros de su apretamiento. Si el pan pudiera adquirirse con ardides, como todas las demás cosas, se ocultaría en sitio seguro, y todo iría como una seda. Pero no se puede ocultar el pan: hay que comerlo en seguida.

Esto merece meditar-se.

139. Ahora, ¡oh vosotras, clases ricas, que os alzáis hasta las nubes!, tened presente que os habéis aprisionado vosotras mismas con las ligaduras de la impiedad, y no tenéis fuerza para desligaros.

Os veis ahora sumidas en un profundo abismo, del cual no podéis salir, como Dios no os saque al mismo tiempo del cuerpo el demonio de la Pereza y su amigo el Lujo.

140. Os rogamos, pues, que nos devolváis el tesoro creado por Dios especialmente para nosotros y que es la ley fundamental de la humanidad; en otros términos, promulgadla por todas partes. Entonces os enriqueceremos, os colmaremos de oro; porque, esperando en lo sucesivo la salvación, nos parecerán fáciles, no sólo el trabajo del

pan, sino también todos los demás trabajos.

Los hombres más cortos de alcances, hasta los mismos niños, comprenderán al oír el enunciado de esa ley, la primera dada por Dios á los primeros hombres, que es más importante que el resto de las virtudes y que los otros mandamientos. En seguida se dirán á sí mismos: «Debo trabajar aún más que antes; por eso pasaré gustoso mi vida en los campos, para merecer la bienaventuranza en el otro mundo.»

¡Devolvednos, oh ricos, el tesoro que vosotros, ó por mejor decir, vuestros antepasados nos robaron y escondieron; devolvednos el más sagrado de nuestros bienes, el presente que recibimos de Dios!

Antes me parecían de importancia todas las prescripciones, todas